

patero había soltado una carcajada feroz cuando le dijo Ernesto que quería retirarse; todo lo cual acabó por poner al pobre novio de un mal humor insoportable.

Por fin, á la una de la mañana, logró sacar á Rebeca casi furtivamente, de acuerdo con Doña Marianita y con Doña Loreto.

Rebeca no se había puesto otro traje; estaba de novia; de manera que, recogién dose la cola y levantándose lo que pudiera enlodarse y tomada del brazo de su marido, emprendieron la marcha á pie hasta el barrio opuesto al del Coronel.

Los primeros diez minutos fueron de silencio, al cabo del cual le preguntó Rebeca.

—¿Cómo te ha ido?

—Ya lo has visto, de los diablos.

—¿Por qué, mi vida?

—¡Mi vida! ¡ahora es mi vida!

—Naturalmente, ahora que estamos solos.

—Es que bien hubieras podido dirigirme siquiera una palabra.

—Pero las gentes...

—¿Y qué?

—En estos casos, me dijo mi mamá, debe uno manejarse con mucha circunspección, para que no la critiquen, y eso he hecho yo.

—Mucha circunspección conmigo.

—Naturalmente.

—Mira, pues yo no lo encuentro muy natural.

—Pues mamá sí.

—Me parece que tu mamá...

—¿Qué?

—Nos vá á desavenir.

—¿Por qué, la pobre?

—Porque vá á pretender meterse mucho en nuestras cosas.

—Naturalmente.

—Todo te parece á tí natural, y has de saber que á mí no.

—¿Por qué?

—Te estás haciendo la inocente.

—No es eso, sino que no te comprendo.

—No me comprendes, eh? dijo Ernesto con sorna.

—No, porque me estás diciendo unas cosas...

—En cambio tú me has hecho otras...

—Yo no te hecho nada.

—No; porque desde el momento en que todo te parece natural...

—Pues bueno, díme qué te he hecho.

—Mira, me impacienta que te hagas la desentendida!

—¡Yo!

—¡Sí, tú! estás tan fresca como si hubieras hecho una gracia.

—¿Pero qué he hecho, por Dios Santo?

—Por Dios Santo no has hecho nada, pero...

—¿Pero qué?

—Pero por...

—¿Por quién?

—¡Inocente! ¿no sabes por quién?

—No.

—¿No, eh?

—No.

Como esto no lo dijo Rebeca con impaciencia, Ernesto calló y hubo una larga pausa, despues de la cual Ernesto comenzó á hablar como si hablara solo. Pues estoy lucido. Esto, sólo á mí me pasa. No, nada; la niña no sabe nada, no comoce lo que ha hecho, no ha caído siquiera en cuenta que mientras ella gozaba yo he tenido un día y una noche detestables, como si fuera yo el último de los concurren-

tes, como si fuera yo un extraño. Y luego, en lugar de satisfacciones, en lugar de... nada, no se me comprende, no se... y sigo haciendo ya sólo con mi mujer un papelito... ¡bonito casamiento!

—Pero, por Dios, Ernesto, ¿qué tienes? le interrumpió Rebeca. Nunca le había visto tan enojado, y enojado por qué, vamos á ver; habla claro, explícate, y si en algo he faltado, dímelo, te pediré perdón, te haré cariños, le dijo apretándole el brazo.

Aquel apretón fué un sacudimiento eléctrico para Ernesto. En la situación en que estaba su ánimo tambaleó entre la dicha y la desgracia, y ¡cosa rara! en vez de atraerlo hacia el amor, olvidándolo todo, escitó cierto sentimiento de soberbia fatal, que detuvo violentamente el movimiento que iba á hacer con el brazo para corresponder

al cariño de Rebeca, y sintió cierto placer salvaje en haber triunfado de sí mismo.

Siguió una larga pausa de silencio, hasta que llegaron á la esquina en que la familia de Rebeca tenía que separarse de la de Ernesto. Pero Doña Loreto, que se había quedado atrás con su familia, había desaparecido desde la calle anterior, para evitar la despedida, y se alejó llorando.

Siguieron, pues, Ernesto y Rebeca por delante, y Doña Mariana, la Profesora y los demás, á cierta distancia.

Llegaron á la casa; Doña Marianita se eclipsó también y los novios entraron á su recámara.

Ernesto abrió, encendió la luz, se quitó el sombrero y se sentó sin decir una palabra. Rebeca, arrastrando su cola, se sentó frente á su marido.

Este había apoyado la frente en una mano y estaba inmóvil. Así pasó cerca de un cuarto de hora, que á Rebeca le pareció un siglo.

¡Ah pobre humanidad! condenada á atravesar una vida, en la que se mezclan en ineludible y perenne contraste el mal y el bien, el placer y las lágrimas, la ilusión y el desencanto, el deleite y la amargura!

He aquí un pobre novio que desde el momento de conocer á una mujer había entrado de lleno en ese mundo encantado de sueños y fantasías, de risueñas y dulces esperanzas, concentrando todo su sér, toda su actividad, todo su mor, todos sus deseos en perseguir una dicha casi celestial, una felicidad revestida de todos los encantos imaginables; y cuando ha llegado á la meta apetecida, cuando luchando como un héroe y á costa de dolorosos sacri-

ficios se mira vencedor, siente en el alma el acerbo dolor del desengaño; siente su alma inoculada con el terrible virus de los celos, y ya próximo á tocar el cielo con la mano, se despeña en el abismo negro de la duda y la desesperación; siente mezclado á su amor el odio que engendra en su alma una idea espantosa.

Todas estas ideas atravesaban por su cerebro, mientras apoyaba la frente en su mano inmóvil y crispada.

Rompió per fin aquel terrible silencio la voz de Rebeca.

—¿Qué tienes, Ernesto? ¿por qué estás enojado conmigo? ¿qué te he hecho? Te juro que ni me sospecho la causa de tu malestar.

—¡Hipócrita! gritó Ernesto levantándose, ¿te parece siquiera decente, la conducta que has observado con el Coronel?

Rebeca tembló sobrecogida.

—Mientras que para él han sido todas tus miradas y toda tu atención, yo he hecho el papel más ridículo, porque no me has hecho caso, te has olvidado de mí completamente.

—Yo no podía ser desatenta con el Coronel. Acuérdate que tú mismo has considerado una fortuna que sea nuestro padrino.

—Pero ahora lo considero una desgracia.

—¡Pero por qué! Figúrate que ha sido amable, hasta más amable de lo que convenía á su carácter; pero estábamos en su casa, y no cesó de hablarme; habla mucho para decir cualquier cosa, y hasta llegó á mortificarme con sus cumplimientos.

—Era porque tú le dabas lugar con tus coqueterías.

—¡Coqueterías! Te propones des-

quitar tu mal humor ofendiéndome! oféndeme, dime lo que quieras, si crees que lo merezco.

—Y bien que lo mereces. Muy pronto te has dado á conocer. Ni tiempo has tenido para dejar pasar siquiera los primeros días de casada, y conozco que vamos á ser muy desgraciados.

—Si te has de seguir encelando de todo el mundo, como del Coronel, ya se vé que sí. Nuestra vida será un infierno.

—¡Encelando! Y tú crees que estoy celoso!...

—No puedo atribuir á otra cosa tu mal humor.

—Pues yo no estoy celoso ni me hago tan poco favor; pero me endiablo que coquetees en el día de nuestro casamiento, y si esto es al principio...

—Ernesto, piensa bien lo que dices y no me ofendas de esa manera.

—Mira qué tonillo tomas tan resuelto.

—Y mira qué tono tomas tú tan inconveniente.

—Es que no te gusta que te diga yo la verdad.

—¿Cuál es la verdad?

—Que has coqueteado con el Coronel.

—No.

—Sí.

—No, mil veces no; porque te quiero demasiado para pensar siquiera en otro hombre y porque de nadie es mi amor más que tuyo. Además, no te he dado lugar á que me trates así, ni á que me ofendas como lo haces, llamándome coqueta é hipócrita.

—Yo no te he dicho hipócrita.

—Sí me lo has dicho. Hipócrita, coqueta.

Y Rebeca se desató en sollozos y derramó abundantes lágrimas.

Apenas la vió llorar, Ernesto sintió un arranque de impaciencia, de cólera y de despecho, y paseándose á grandes pasos por la pieza, exclamaba:

—¡Bonita noche de bodas! Buena mujer me ha tocado, que me lloriqueé tan temprano! ¡Gracias, Rebeca, gracias por tu obsequio! ¡Me haces muy feliz, y no conforme con haberme amargado el día que creía el más feliz de mi vida, me regalas con lágrimas en los primeros momentos de estar solos! ¡Buena perspectiva tenemos! ¡Si yo lo hubiera sabido!...

—¡Ernesto! gritó Rebeca, adivinando lo que iba á decir. ¡Ernesto, por Dios! ¿Qué quieres que haga? ¿que te pida perdón? perdóname por Dios, soy inocente, cálmate, no amargues nuestra dicha con esos celos tontos. ¡Ernesto, cálmate por Dios!

Todo esto lo decía Rebeca abraza-

da al cuello de Ernesto que permanecía de pié con la mirada fija en el suelo, abriendo desmesuradamente los ojos, apretando los puños, vueltos la espalda y conteniendo con trabajo la cólera en que sentía que iba á estallar el roce de la seda blanca del vestido de novia, y el perfume embriagador que se exalaba del seno de Rebeca, en vez de inducirlo hácia el amor, despertaba más á la bestia feroz de los celos, acrecentando el despecho de Ernesto.

Rebeca al ver que Ernesto no cedía se desprendió de su cuello y se dejó caer en el sillón anegada en llanto.

—Lágrimas! lágrimas! lágrimas! exclamó Ernesto levantando los brazos; lágrimas en la noche de!... ¡Oh maldito!....

Y continuó murmurando imprecaciones y denuestos, mordiéndose

los labios de cólera, y á su vez se dejó caer en el otro sillón frente á Rebeca.

Aquellos novios se habían casado para asistir á los funerales de su amor. Aquel vestido blanco tenía en aquellos momentos una significación amarguísima: era el sudario de sus ilusiones muertas; era la dalmática de la pureza envenenada como la túnica fabulosa de Neso.

Rebeca estaba tan orgullosa con su vestido blanco, había sido tan feliz con aquellos atavíos de reyna, que la caída al abismo de las lágrimas la hacía gemir de desesperación.

Ernesto por su parte no podía quitar la vista de aquel gran vestido blanco.

¡Ciento cincuenta pesos robados! sí señor, robados aunque me pese; la pulmonía de mi patrón me puso en situa-

ción de... sí, de saquear la caja, de fingir operaciones, de mentir descaradamente, de meterme en un enredo que me puede llevar á la cárcel; ¡mil y tantos pesos! se fueron como el humo. Yo he quedado bien; pero mañana ¿cómo hago, cómo cubrir la caja? ¿cómo?... ¿y todo para qué? para recibir un desengaño, para ver á mi mujer haciéndole carita á un brutazo, á un soldado ordinario que bailaba como sapo... ¡Oh, qué horrible desenlace de dos años de amor! ¡Si yo lo hubiera siquiera sospechado!... Pero ya no tiene remedio. Todo se ha perdido, todo, todo.

Rebeca insistió todavía varias veces en contentar á Ernesto; pero cada vez no lograba más que excitar su cólera, y acabó por guardar silencio.

Así permanecieron largo rato, hasta que empezó á salir la luz. ¡Qué tristes, qué siniestras, qué significativas apa-

recieron las primeras líneas de luz que marcaban el cuadro de la puerta! ¡Qué terrible ironía encerraba la plácida luz de la mañana, que parecía reirse al sorprender aquella novia con sus azahares y su vestido blanco, y aquel novio en actitud doliente, con el semblante descompuesto y pálido como la muerte!

